

Una novela de
FRANCIS AURÓ



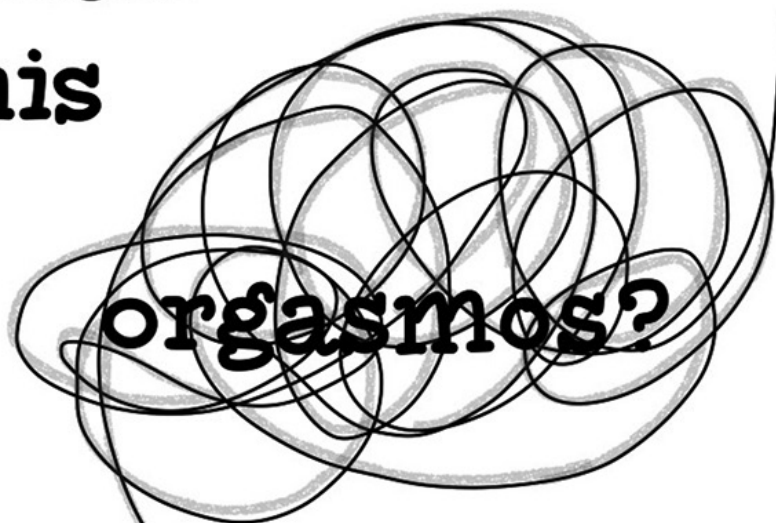
**¿DÓNDE
ESTÁN
MIS
OR
GAS
MOS
?**



FRANCIS AURÓ

¿DÓNDE ESTÁN
MIS ORGASMOS?

**¿Dónde
están
mis**



018A

© ¿Dónde están mis orgasmos?

© Francis Auró

Segunda edición, septiembre de 2021

ISBN papel: 978-84-685-5942-1

ISBN epub: 978-84-685-5941-4

Editado por Bubok Publishing S.L.

equipo@bubok.com

Tel: 912904490

C/Vizcaya, 6

28045 Madrid

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

[PRÓLOGO Todxs hablamos...](#)

[Capítulo 1 ¿¡Perdona!?](#)

[Capítulo 2 Junio](#)

[Capítulo 3 ¿Qué me estoy perdiendo?](#)

[Capítulo 4 Febrero](#)

[Capítulo 5 INSERT COIN](#)

[Capítulo 6 Agosto](#)

[Capítulo 7 Atracción total](#)

[Capítulo 8 Estoy tarada :\(](#)

[Capítulo 9 Y no tengas prisa](#)

[Capítulo 10 Surfing o Suffering \(Surfeando o sufriendo\)](#)

[Capítulo 11 El príncipe azul](#)

[Capítulo 12 Yo y mis contradicciones](#)

[Capítulo 13 Esta vida loca](#)

[Capítulo 14 Más cosas de esta vida loca](#)

[Capítulo 15 Tú y yo, ¿qué somos?](#)

[Capítulo 16 Así no hay quien pueda](#)

[Capítulo 17 El sexo es más que un orgasmo](#)

[Capítulo 18 Noticia bomba](#)

[Capítulo 19 Mueren todxs](#)

[Agradecimientos](#)

PRÓLOGO

Todxs hablamos...

Sin duda las relaciones con las personas que más queremos son las que más nos remueven. Las que más nos afectan.

Los que saben dicen que nos ayudan a crecer, que se trata de aprender de ellas...

Pero es que aprender sin temario o sin libros de texto es complicado: muchas veces lo que tú has considerado importante no es lo que entra en el examen. Y claro, así vamos un poco a ciegas, escogiendo temario en función de lo que nos va tocando vivir, aprendiendo sobre la marcha, aprobando unos exámenes y en cambio suspendiendo otros una y otra vez... hasta que un día hacemos algo diferente... y aprobamos...

Y entonces, cuando parecía que ya más o menos lo teníamos controlado, aparecen, como si de una gincana se tratara, nuevas situaciones que nos vuelven a poner a prueba en esa relación o en otra...

Las relaciones de pareja ocupan un espacio importante en nuestros pensamientos, en nuestras vidas y por supuesto en nuestras conversaciones.

Hablamos de las nuestras, de las de otros. De las que tuvimos, de las que nos gustaría tener o de esas que no queremos repetir.

¡¡Cuántas confesiones, cuántas dudas y cuántas soluciones en todas esas conversaciones!!

Además ¡es tan fácil opinar y aconsejar cuando se trata de la vida de los demás! De repente nos convertimos en expertos psicólogos-terapeutas-coachs entregados a ofrecer el mejor consejo a nuestra/o amiga/o, consejo que además vemos tan claro, que no entendemos cómo puede ser que no lo vea ella/él.

¡Ojalá fuera tan fácil cuando estás implicado!: desde dentro ya no ves tan claro lo que en otros parecía sencillo.

A veces son conversaciones preparadas: "Tenemos que quedar porque necesito hablar, necesito saber vuestra opinión. Le estoy dando tantas vueltas al tema que ya no sé si lo que pienso es normal". Entonces, el lugar es lo de menos. Lo importante es encontrar un momento. Y si no hay momento posible, hay teléfono y hay audios de WhatsApp que consiguen hacer terapia en tiempo récord.

Otras conversaciones son más improvisadas... Al acabar una cena, con un café, dando un paseo, volviendo a casa en coche, tomando el sol en la playa, derrumbándote delante de un desconocido ese día que ya no puedes más y él escucha tu historia como si fuera tu mejor amigo... Las situaciones son infinitas.

Y es que en ocasiones las relaciones sentimentales pueden conseguir desgastarnos y chuparnos, como si del más hambriento vampiro se tratase, mucha energía.

(Y puestos a chupar, que nos chupen otras cosas, ¿no?).

Porque no se trata solo de sentimientos. En las relaciones sexo-afectivas o de pareja, como yo las llamo, también se trata de sexo.

Y aunque parece que cada vez hablamos de sexo con más naturalidad, la verdad es que "ese" tema sigue envuelto en creencias y connotaciones varias, sazonadas con vergüenza, culpa, burla, miedo, desconocimiento...

Las conversaciones sobre emociones o sexo pueden ser más o menos profundas y más o menos sinceras. Los hay que fácilmente cuentan de todo y los que difícilmente cuentan algo. Los que exageran o los que se posicionan en lo que parece la media, por si acaso... "No me vayan a juzgar" "Intentemos parecer normales".

Y claro, acostumbrados a comparar desde pequeños, después de estas conversaciones, pues eso, comparamos; algunas veces reflexionamos y muchas otras nos frustramos al pensar en cómo parece que les va a los demás y cómo nos va a nosotros.

Pues de muchas de esas conversaciones, nace Sara.

Con sus creencias y con sus contradicciones, para contar su historia, hecha de partes de muchas historias.

No es lo que tú sacas de los libros lo que te enriquece.
Es lo que el libro consigue sacar de ti

El monje que vendió su Ferrari

Robin Sharma

Ni que sea una sonrisa...

Francis Auró

Capítulo 1

¿¡Perdona!?

—Te has corrido dos veces... —dijo mientras mostraba su amplia sonrisa perfecta, orgulloso del trabajo realizado.

Me limité a sonreír, sin más. Había sido una buena partida, sí...

Pero... creo que no me he corrido...

Vamos, diría que no me he corrido en la vida...

En aquel momento mi cabeza estaba más pendiente de ver cómo acababa la noche y de si volveríamos a quedar, que de lo que me acababa de decir.

Pero a la mañana siguiente empecé a pensar:

¿Qué ha pasado para que diga que me he corrido? Y lo más misterioso: ¿cómo puede ser que él se entere de que me he corrido y yo no?

Estaba flipando.

Aquel comentario marcaría un punto de inflexión y me haría empezar a pensar de otra manera en mi placer sexual...

Nunca antes había hablado de orgasmos con mis amantes; ni de los suyos, que eran evidentes, ni de los míos...

Es que yo creo que no me corrido nunca...

El "creo" ya daba muchas pistas de que, efectivamente, no me había corrido.

Recordaba haber leído en una revista femenina "Basta ya de fingir orgasmos".

¿Estoy fingiendo mis orgasmos? ¡Pero si no sé si los tengo!

A mí me gusta el sexo, me excito, siento que mi excitación sube pero... No hay más... El juego termina cuando el tío se corre... GAME OVER, ¿no?

No había subidón con traca final ni tampoco me había planteado que lo tuviera que haber. Yo me lo pasaba bien... a mi manera, haciéndolo como sabía.

Claro que había leído sobre el placer de la mujer, sobre orgasmos, porque de alguna manera sentía que me faltaba algo, pero no llegaba a integrar lo que leía, y como tampoco me parecía tan trascendental en mi vida, le daba, más bien, poca importancia.

Así que, a pesar de que había intentado aprender alguna cosa al respecto, al final siempre acababa haciendo sexo de la misma manera de siempre... Que era, básicamente, como había visto en las pelis... Aquellas en las que salían dos rombos... Tremendo referente el mío.

Suponía, por lo que había visto, que lo normal era una secuencia del tipo besos, desnudo, el hombre le toca-come las tetas a ella, ella gime, el hombre hunde su cara en la entrepierna de ella (esto no en muchas pelis), ella gime y acto seguido él introduce su pene en la vagina y empieza a empujar, cada vez con más fuerza a lo que ella responde gimiendo también cada vez con más fuerza hasta que ambos parece que culminan su placer y se abrazan. Y todo esto en menos de cinco minutos.

Cinco minutos, siendo generosa.

Yo no era como "ellos". No había un éxtasis final con eyaculación culminando ese placer.

Pero nosotras no tenemos eso, ¿verdad? ¿O sí? ¡Yo qué sé!

Algo más había aprendido con los cómics porno que mi primo tenía en casa de los abuelos. En uno de estos vi por primera vez cómo una lengua tocaba una vulva. El chico, con cuidado, levantaba la falda de la chica (que no llevaba ropa interior). Tenía la lengua

bien estirada mientras sus manos aguantaban la falda levantada; la chica envuelta de placer al sentir la punta de esa lengua tocar su vulva...

Y a mí me encantaba notar la lengua de mi amante en mi vulva, pero no pasaba nada "diferente" después de unos cuantos lametazos... Con lengua o sin ella acababa sintiendo más-de-lo-mismo-de-siempre.

Ahora, de repente, tras aquel comentario, sentía que efectivamente me estaba perdiendo algo...

¿Por qué ellos siempre se corren y yo no?

¿Qué hago mal? ¿Algo está mal en mí? He leído alguna cosa sobre orgasmos femeninos... O sea: los tenemos... ¿O son ciencia ficción?

¿O quizás son los hombres con los que he estado los que hacen algo mal?

¿Y qué es lo que hacen mal?

¿Qué falla? ¿Qué me estoy perdiendo?

¿¿Dónde están mis orgasmos?

Capítulo 2

Junio

El hombre detector-de-mis-dos-orgasmos era un tipo atractivo que ya pasaba de los cuarenta.

Su sonrisa apareció un día delante de mi mesa. Venía a entrevistarse con Ferran, el director del despacho donde yo trabajaba como abogada.

—Buenos días, estoy buscando a Ferran. ¿Sabes dónde lo puedo encontrar? Tengo una cita con él.

Pues no me importaría que tuvieras la cita conmigo...

Tenía los ojos verdes (no sabía qué tenían los ojos verdes, que conseguían hipnotizarme) y su voz era profunda, como la de un locutor de radio. Su mirada entró directamente al fondo de mi cerebro y aquella voz me generó un agradable cosquilleo que recorrió todo mi cuerpo.

Estaba en aquel momento de mi vida... Un tanto revolucionada y con ganas de conocer gente nueva y hacer cosas diferentes de las que había hecho siempre:

La pareja de siempre, el trabajo de siempre, las rutinas de siempre...

Un año antes, a los treinta y siete, decidí empezar por romper con mi pareja de siempre y padre de mis dos hijos (un niño y una niña, mellizos).

Bueno, para ser exactos, fue él, Alex, quien tomó la decisión, pero con el tiempo cada vez tenía más claro que me había hecho un favor.

Teníamos una vida “normal” y aparentemente nada que hiciera presagiar aquel desenlace. Los dos trabajando, nuestra hipoteca, los niños, las salidas de los fines, nuestros amigos...

Una tarde, dos semanas después de las vacaciones de verano, Alex me preguntaba en la cocina mientras preparábamos la cena:

—Sara, ¿tú eres feliz?

Estaba cortando tomate para la ensalada y le contesté despreocupada, sin dejar de cortar:

—¿Yo? Sí. Claro.

—Quiero decir... que si estás contenta con la vida que tienes. — Hizo un silencio de unos segundos—. Es que yo... yo... yo no.

Levanté la vista del tomate y lo miré como quien mira un extraterrestre.

—¿...? ¿Qué quieres decir, Alex?

Sus ojos empezaron a divagar por la cocina, hasta que se encontraron con los míos.

—Quiero decir que... Sara, tú eres una persona estupenda y, te quiero, mucho, pero... pero no como pareja.

Miré hacia el comedor, esperando que los niños no estuvieran escuchado aquella conversación. Alex siguió, con la voz nerviosa.

—Creo que eres una madre fantástica y he sido muy feliz contigo, pero siento que esto nuestro no funciona, y no me parece justo para ti ni para mí seguir así.

¿Así cómo? Pero si estamos bien, acabamos de volver de las vacaciones, tenemos una convivencia buena, nos entendemos, hacemos cosas los cuatro juntos...

¿Dónde está la cámara oculta?

Yo no entendía nada...

—Vamos a hablarlo, Alex —le dije.

—Sí, claro. Vamos a cenar y después hablamos —me contestó mirando hacia los niños.

¡Qué cena! ¡A tomar por saco la cena!

Los disgustos conseguían cerrarme el estómago. De siempre.

Pero había niños que querían cenar, así que esperamos a meterlos en la cama para retomar la conversación.

Aparentamos normalidad absoluta mientras los niños cenaban. Yo miraba a Alex buscando una explicación a lo que acababa de decirme, pero no encontraba respuesta alguna en su mirada.

Él se encargó de ponerlos a dormir, yo estaba demasiado nerviosa.

Mi cabeza estaba a punto de explotar.

¿Se ha enamorado de otra...? Alex no, no puede ser. Nos queremos...

Pero Alex ya había tomado una decisión cuando me lo contó. No había opción a réplica y no había terceras personas, según él.

De alguna manera la conversación que tuvimos aquella noche se borró de mi memoria.

Solo recuerdo mis ojos llorosos, el nudo en la garganta, y ya en el baño, a solas, el tener que respirar como si me faltase el aire mientras lloraba desconsolada, intentando no hacer ruido.

Recuerdo sentir como si la tierra se abriese y yo cayera por un agujero oscuro y sin fin, sin poder hacer nada.

En un mes se había ido de casa. En dos meses me mudaba yo también. Mi vida, como la conocía, desaparecía.

No paraba de culpabilizarme, de intentar pensar qué podía haber hecho diferente para no acabar así. Me atormentaba imaginarlo con